

## iii poética

## INTENTO DE POÉTICA

Ana María Navales

Cuando empieza a ser difícil recordar el número exacto de libros publicados, es el momento oportuno para escribir con Peter Handke “cuán voluminoso son ya un par de buenos versos”, y de repasar mi primera poética, aún no borrada del disco duro del ordenador, que decía:

No creo demasiado en las teorías sobre la esencia del fenómeno poético y pienso que nunca he tenido unos principios y reglas a los que debían ajustarse mis poemas. Podría hablar quizá de intentos, de búsquedas, de preocupaciones.

Intento de encontrar un sentido a este mundo caótico y materializado, un rechazo de la realidad absurda que nos rodea, y un deseo de hallar otro camino que conduzca si no a lo absoluto, al menos a otra realidad distinta, al hallazgo de alternativas vitales.

Preocupación por todo lo que conforma mi espacio, por encontrar mi identidad y llegar a la integración en los seres y en el mundo físico, más allá de un aparente desarraigo.

Búsqueda de un lenguaje, de un léxico innovador, tratando de romper la incomunicación producida por el desgaste del valor expresivo de la palabra.

Y en ello sigo. Sólo que ahora tengo media docena de amigos más inteligentes que yo, que hay que saber elegir. Uno de ellos es el aludido Peter Handke y “por fin me reconozco a mí mismo en aquello que hago, en mi trabajo; y soy infernalmente feliz”, envidiadamente feliz, habría que añadir, porque ya no sufro por la tensión entre la vida y la literatura

No hace mucho yo escribía (citarse a sí mismo es sentirse muerto un instante) que cuando se me ha pedido que explique mi obra, una novela, un poema, o un cuento, incluso el porqué y el cómo de su creación, siempre me he sentido incómoda. Me ha parecido un ejercicio complicado y poco satisfactorio que obliga a situarse en un plano exterior al de la propia escritura. “Analizar mi personal pasión literaria de un modo racional, medir la diferencia entre lo que me propuse hacer y el resultado final,

## INTENTO DE POÉTICA

exige revivir las incidencias de la aventura, los desalientos, el vacío, los momentos de éxtasis, los obstáculos que, a veces, ni uno mismo sabe cómo logró vencer”.

Ahora mis propias palabras pertenecen a alguien que no soy yo, al menos en este momento en que una vez más me invitan a analizar mi obra. Y ese verse desde fuera, desnudo y sin máscara frente a la cuartilla en blanco, da siempre una imagen distinta en el espejo.

Al tratar de explicar mis actitudes ante la creación literaria, pienso inconscientemente en la narrativa, en la novela, dejando la poesía como algo todavía más incontrolable ante lo que no cabe plantearse trucos, carpintería literaria, aunque el poeta pueda ser un fingidor, como revelara Pessoa, en un sentido no siempre bien interpretado. En el terreno de la lírica, el arrebatado, el instinto, la metafísica, son acaso más evidentes que en cualquier otro género literario.

No tengo una teoría del poema. Me muevo entre dudas y vacilaciones en torno al enigma de la poesía, de su oscura esencia.

Creo que cuando Barthes dice que “el que habla en el relato no es el que escribe en la vida y el que escribe, no siempre es el que es” no está haciendo un ingenioso juego de palabras. La frase encierra una filosofía que estaría dispuesta a suscribir.

Se apreciará mi absoluta inocencia al decir que yo intento acercarme a la literatura en estado virginal, que no me preocupan en absoluto las corrientes y las modas, que escribo inevitablemente por una necesidad visceral, y que en cada libro me enfrento a un proceso de creación distinto, aunque pudiera deducir, con meditativa paciencia, unas constantes que, sin duda, se repiten en lo que algunos llaman el oficio de escritor y yo denominaría el arte de escribir, individual e intransferible siempre.

Flaubert dice: “Un libro es para mí una manera de vivir”. Yo ampliaría la frase a algo más que a un libro, al hecho de que escribir es mi manera de vivir. Y estaría de acuerdo con Maurice Blanchot en que escribir no tiene nada que ver con la literatura, son cosas distintas, aunque una lleva a la otra y aunque se advierta, en más de un autor, que se confunden o identifican, que ellos mismos son pura literatura, representada, a veces con naturalidad, y otras de un modo histriónico.

Soy consciente de que estoy dando vueltas alrededor de un espacio enigmático sin entrar en él. No se necesita valentía, espíritu aventurero, o una buena dosis de sinceridad, que no me falta, sino acaso un salto mortal, y espero que se entienda la metáfora, para poder llegar uno mismo al centro de su inteligencia creadora, cuyo esfuerzo tiene pocas recompensas para el escritor. Otra cosa es que los estudiosos se sitúen en ese punto del que emanan más sombras que luces para intentar iluminar, con diferente fortuna, el camino que supuestamente recorrió el escritor hasta llegar a concluir su obra.

Manuel Arranz, a propósito de este tema y de la mano también de Blanchot, recuerda que “la pregunta por el origen del arte, la razón de la literatura o la violencia de la escritura, no tiene respuesta, no puede tenerla, esa es su profundidad y su sentido”.

¿Qué puedo añadir?